EL SUICIDIO: UN ENFOQUE PSICOSOCIAL

SUICIDE: A PSYCHOSOCIAL APROACH

Jaime Alberto Carmona Parra*

Recibido: Febrero 28 de 2012 - **Aceptado:** Mayo 15 de 2012

Resumen

El propósito de este artículo es presentar una reflexión sobre el suicidio y el intento de suicidio desde varias perspectivas. El autor presenta una exposición conceptual en tres momentos: el primero ubica teóricamente el suicidio; el segundo introduce los fundamentos conceptuales de la Psicología Social y el Interaccionismo Simbólico; el tercero lleva a introducir la posmodernidad, como telón de fondo de la revisión actual sobre este fenómeno. Con base en esa revisión conceptual, el texto muestra las posibles formas de presentación del suicidio, como una emergencia en diversos escenarios sociales.

Palabras clave:

Suicidio; Psicología Social; Interaccionismo simbólico; Rol; Posmodernidad.

Abstract

The purpose of this paper is to present a reflection on suicide and the attempted to commit suicide from several perspectives. The author presents a conceptual exhibition in three stages: the first one locates theoretically the suicide; a second introduces the conceptual foundations of Social Psychology and Symbolic Interactionism, and a third analyses postmodernism, as a backdrop to the current revision of this phenomenon. Based on this conceptual review, the text shows the possible presentations of suicide, as an emergency in different social settings.

Keywords:

Suicide; Social Psychology; Symbolic Interactionism; Role, Postmodernism

* PhD. En Psicología Social Universidad Complutense de Madrid. Vicerrector Académico en Fundación Universitaria Luis Amigó.
E-mail: jcarmona@funlam.edu.co

La interiorización de las violencias estructurales y las potencias destructivas de la sociedad

El enfoque psicosocial en este texto intentará mostrar de qué manera las potencias mortíferas y destructivas del contexto cultural y la organización social pueden llegar a interiorizarse y convertirse en fuerzas autodestructivas; y a la vez el modo en que la agresividad, que hace parte de la dotación congénita de todo ser humano (y que en la mayoría de los seres humanos encuentra aplicaciones saludables y acordes con la afirmación de la vida) puede convertirse en una tendencia autodestructiva que amenace la existencia de la propia persona. Se trata de articular las perspectivas sociológica y psicológica y mostrar cómo ambas convergen en el campo de los vínculos y las interacciones cotidianas.

La violencia, los asesinatos y los suicidios no son elementos contingentes de la vida social; por el contrario, toda sociedad posee sus propias instituciones legales o ilegales cuya legitimación cultural les da un lugar y unas vías. El estado de derecho, por ejemplo, no se concibe como la ausencia de la violencia, sino como el monopolio de la misma. Algo similar ocurre con el asesinato, que por fuera de la ley puede ser un delito y en acciones de guerra o en cumplimento de órdenes puede ser motivo de condecoraciones en casi todas las sociedades.

El suicidio, por su parte, también tiene su propia economía en cada sociedad. El suicidio en su forma abierta suele generar angustia y condena, pero algunas de sus formas indirectas suelen ser motivo de elogio y admiración. Aquellas personas que, literalmente, entregan su vida a una institución o a una familia, y en virtud de ello omiten los mínimos razonables del autocuidado, son elogiadas por su abnegación. Los que mantienen su vida en el filo de los deportes extremos son admirados por su temeridad y los kamikazes y mártires religiosos y laicos, que entregan su vida por la “Gran Causa”, son objeto de exaltación. No existen sociedades exentas de muertes por mano propia, la diferencia entre unas y otras son las tasas y las modalidades predominantes.

Para comprender el fenómeno del suicidio es importante empezar por dejar establecido el supuesto según el cual en toda sociedad-más allá de las violencias abiertas manifiestas en fenómenos como la guerra, la criminalidad, la aplicación de sentencias de muerte y los suicidios-existen otras formas de violencias institucionalizadas y en algunos casos legalizadas, e incluso exaltadas, que podríamos denominar violencias estructurales. Éstas se traducen en formas abiertas y sutiles de exclusión, expoliación, segregación, estigmatización, explotación, coacción, etc. Se denominan violencias estructurales porque son vehiculizadas por las estructuras económicas, políticas, sexuales, de género etc., que regulan los vínculos entre los seres humanos.

La ubicación de un ser humano en un lugar determinado de cada una de estas estructuras define no solamente sus oportunidades y limitaciones, sino también su participación en la economía de

la violencia de su sociedad respectiva, las formas de agresión física y simbólica que puede ejercer, de un modo más o menos lícito, y las que debe soportar.

Lo fundamental de esta introducción es señalar que, a menudo, de las violencias estructurales institucionalizadas a las formas abiertas y crudas, como el homicidio y el suicidio, no hay más que un paso.

Desde hace ya más de un siglo Émile Durkheim (1897/2006) constató que las tasas de suicidio en diferentes sociedades y grandes instituciones, como el ejército, se mantienen constantes en períodos de estabilidad y varían cuando se producen cambios importantes. Con ello mostró que en el estudio del suicidio, no solamente es lícito sino que es necesario interrogar su relación con la vida social.

Si bien Durkheim señala este hecho con toda la contundencia, su estudio no se ocupa de explorar cuáles son los caminos por los que la violencia, la destructividad y las potencias mortíferas de las sociedades se convierten en comportamientos autodestructivos y suicidios de sus individuos. No es tarea que corresponda a la sociología, es el trabajo que corresponde al enfoque psicosocial.

La violencia, la destructividad y la muerte se reproducen y se conservan en instituciones formales e informales. Las estructuras supranacionales que legitiman genocidios, invasiones y guerras cuando favorecen los intereses de los países poderosos del primer mundo y las que definen reglas de comercio injusto y dirimen los conflictos en favor de esos mismos países, son un ejemplo en el ámbito internacional. Los aparatos estatales de los países altamente inequitativos que mantienen y agudizan la desigualdad, las empresas que violan sistemáticamente los derechos de sus trabajadores y aquellas organizaciones en las que se discriminan abiertamente a las mujeres y a las minorías, son algunos ejemplos de la violencia institucionalizada y las potencias destructivas de las estructuras sociales en el ámbito local. Estas violencias y estas fuerzas destructivas, no dejan de ejercer efectos mortíferos silenciosos y progresivos, por el hecho de ser legales, o por estar legitimadas por ideologías que exaltan la servidumbre, la pobreza y la aceptación pasiva del orden establecido.

Ignacio Martín Baró acuñó el concepto de "trauma psicosocial" (Baró, 2003, p. 293) que puede ser útil para comprender los efectos de las violencias institucionalizadas sobre los grupos humanos. Según el autor, cuando un grupo humano es sometido a diferentes formas de violencia física o simbólica, durante un período prolongado, puede desarrollar comportamientos y representaciones que permiten que sea lícito denominarlos *Traumas psicosociales*. El fatalismo, la resignación pasiva, la desesperanza aprendida y algunos comportamientos autodestructivos abiertos o encubiertos que exhiben de una manera acentuada ciertas comunidades, son una muestra de este fenómeno.

En el mismo momento en que un bebé nace, ya está inscrito en las violencias institucionalizadas, porque desde ese instante ya es individuo del primer mundo o del tercero, integrante de una etnia hegemónica o minoritaria, hijo de una familia de clase alta o baja, perteneciente al género privilegiado o desfavorecido de su respectiva sociedad. Luego, las circunstancias históricas de su comunidad, su familia y el propio desarrollo agregarán otros elementos que incluirán a este individuo dentro de grupos religiosos, estéticos, ideológicos, sexuales, etc., mayoritarios o minoritarios, hegemónicos o marginales, de lo cual también se derivarán violencias, agresiones y, por supuesto, suicidios.

En este punto introduciremos tres conceptos específicos del enfoque psicosocial: “agencia”, “responsabilidad” y “rol”, que luego retomaremos al final del capítulo. Los seres humanos agenciamos las violencias estructurales de las instituciones y organizaciones en las que interactuamos con los otros, por medio de los roles que asumimos y aunque estas instituciones y sus roles nos preceden, no por ello dejamos de ser responsables de asumirlos y de la manera como los desempeñamos.

Este planteamiento tiene algunas implicaciones que es importante abordar detenidamente. En primer lugar hay roles que no se eligen. Ser hijo de una familia poderosa o desposeída, ser varón o mujer, ser el primogénito o el niño mimado de la familia. Hay otros roles en los que cada individuo opta en medio de presiones y asumiendo consecuencias, -estos varían de una sociedad a otra- por ejemplo, adherir a la religión, la filiación política e ideológica y a los valores de la propia familia. Finalmente, hay roles que cada ser humano puede asumir de manera voluntaria, pero que en el momento en que los adopta ya le implican asumir los mínimos establecidos para éstos en el campo de interacción en los que están definidos. La elección de la pareja (y el hecho mismo de tenerla o no), la profesión, los amigos, la postulación para ciertos cargos o la aceptación de ellos, entrarían en este campo de los roles elegidos libremente.

Ahora bien, independientemente de que un rol sea elegido o no, cada individuo que lo desempeña le imprime su propio sello. Por ello, el concepto de rol permite articular lo social y lo psicológico. Lo social sería el aspecto genérico del rol; lo subjetivo, la marca propia que le imprime la persona. En cada sociedad los agentes que desempeñan un mismo rol (los sacerdotes, los congresistas, los indigentes, los gerentes…) tienen algo en común, esa es la dimensión social del rol. Pero, a la vez, cada uno le imprime su propio sello, lo cual hace que no haya un sacerdote, ni un maestro igual a otro, ni siquiera una misma madre es igual con todos sus hijos.

Ahora bien, las violencias institucionalizadas y las potencias destructivas de cada sociedad se mantienen y reproducen gracias a los roles que cada orden social e histórico tiene previstos: el inquisidor, el pirata, el mercenario, el presidente de la multinacional, el preparador de reinas, el proxeneta, el caudillo, la primera dama, la novia del mafioso… Podemos decir que en cuanto un actor social desempeña un rol, “agencia” las violencias y las cargas mortíferas inherentes a ese rol, incluidas las potencias

autodestructivas, es decir, se convierte en un agente de éstas. Es cierto que en cada contexto social e histórico hay roles más claramente vinculados con las violencias estructurales y también roles en los cuales los comportamientos autodestructivos son más frecuentes que en otros. Esto abre un campo para el estudio de la relación entre el suicidio y los roles y permite interrogar, por ejemplo, la relación entre las muertes por mano propia y las profesiones, el estado civil, la orientación sexual, pertenencia a una minoría étnica, la filiación a una minoría religiosa, ideológica o estética.

El concepto de responsabilidad alude a la dimensión subjetiva del rol y tiene dos implicaciones. La primera de ella es, como ya lo dijimos, que todo ser humano es responsable de las violencias y las acciones propias en los roles que desempeña, incluidos los que no eligió y con mayor razón de los elegidos. La segunda y la más significativa, tiene que ver con el sello propio que cada ser humano le imprime al desempeño del rol; es lo que hace la diferencia entre un congresista corrupto y uno honesto, un capitalista inescrupuloso, que no repara en daños al ambiente y a los derechos de los trabajadores. y un empresario responsable y sensible; un padre y esposo maltratante y uno amoroso.

Vamos a decirlo de una manera un poco más radical: la noción de responsabilidad introduce las dimensiones ética y política en el estudio del comportamiento humano. A la luz de esta noción, un ser humano no puede alegar que por su condición de hijo varón de una familia machista latinoamericana estaba destinado a perpetuar la discriminación y el maltrato hacia las mujeres; tampoco un individuo nacido en una familia poderosa de un país altamente inequitativo puede asumir que está destinado a perpetuar y exacerbar la inequidad. Ni alguien que haya sido víctima de violación y violencias sexuales y físicas en su infancia, puede argumentar que está predestinado a repetirlas como victimario en su vida adulta. Los conceptos de rol, agencia y responsabilidad implican un presupuesto sobre la subjetividad humana en el cual es central la idea de que los seres humanos siempre podemos transformar los roles que desempeñamos y con ellos la realidad que construimos con otros. Son múltiples los ejemplos famosos y anónimos de seres humanos que hacen una marca en su historia y la de su comunidad por desviarse del ejercicio tradicional de su rol.

Este presupuesto vale también para el análisis de los comportamientos autodestructivos. Si bien existen elementos inherentes a los roles que han sido ampliamente estudiados y que favorecen el desarrollo de comportamientos de este tipo y actos suicidas, este enfoque psicosocial advierte sobre el peligro de interpretar estos factores de riesgo como determinismos ciegos o destinos fatales. En el estudio del suicidio, como en el de todos los comportamientos individuales y colectivos, nuestro enfoque exige incluir en el análisis la autodeterminación del sujeto, no entendida como libre albedrío, la libertad absoluta, o la ideología del *self made man*, sino como una capacidad de agencia variable de acuerdo con el contexto de interacción, el rol que el actor social desempeña en él y la coyuntura específica en la que se lleva a cabo la acción.

Teniendo en cuenta este enfoque podemos decir con Durkheim que toda sociedad “paga un tributo a la muerte mediante la muerte voluntaria de algunos de sus individuos” (Durkheim, 1897/2006, p.112). Es decir, que cada comunidad tiene un factor de empuje al suicidio, que en los casos extremos se manifiesta en las tasas de muertes por mano propia, pero que tiene otras expresiones menos radicales que pueden conducir a un idéntico desenlace, tales como las diferentes formas de exclusión, explotación, estigmatización y otras de violencia física y simbólica, que suelen favorecer el desarrollo de comportamientos autodestructivos que pueden llevar a la muerte de manera progresiva o mediante actos irracionales o desesperados de temeridad, desesperanza o desprecio de la propia vida.

Para concluir, diríamos, como una norma universal, parafraseando la fórmula bíblica, que allí donde hay tres o más emerge un factor de exclusión que puede tomar las formas más sutiles y a menudo inofensivas del canibalismo cotidiano del cotilleo, hasta las más dramáticas de la envidia furiosa y destructiva entre hermanos o de los crímenes pasionales que suelen desatar algunos triángulos amorosos, y que podemos rastrear sus transmutaciones en las diferentes expresiones colectivas: la familia nuclear y ampliada, los grupos informales de amigos, las llamadas tribus urbanas, las comunidades académicas, los equipos deportivos, los partidos políticos, las organizaciones empresariales y las instituciones educativas, entre otras.

Como ya lo dijimos, la sociología se ocupará del estudio de este fenómeno en el campo más amplio de las sociedades y las grandes instituciones, y la psicología social de las dinámicas en campos vinculares específicos. Dicho de una manera más sencilla, la sociología aborda un nivel macro del fenómeno; la psicología individual, un nivel micro; y la psicología social, un nivel “meso” o intermedio, en el que convergen y divergen el nivel macro y el micro.

La vuelta de la pulsión de destrucción contra la propia persona

Investigadores psicoanalíticos y de diferentes campos de la psicología coinciden en que todo ser humano llega al mundo dotado de una pulsión agresiva que es indispensable para la autoconservación y cuya satisfacción dentro de ciertos contextos es necesaria y saludable para su desarrollo. Un ser humano en el que esta pulsión se encuentre inhibida o no posea la suficiente fuerza, será incapaz de defender sus derechos mínimos en temas fundamentales y cotidianos, también podrá llegar a ser impotente en el campo amoroso y sexual. Si, por el contrario, esta pulsión se encuentra exacerbada en su ecuación subjetiva, podrá desplegarla en actividades cotidianas que requieren de un gran gasto de actividad física, incluso en deportes que implican el roce y el choque con el contendor. También podrá orientar su actividad laboral hacia tareas en las que la agresividad y el dominio físico o simbólico son un elemento consustancial al ejercicio de la función. En general, la satisfacción de esta pulsión genera

placer o por lo menos alivio psíquico y la imposibilidad de su manifestación es displacentera y puede generar efectos problemáticos, incluso patológicos. Cuando la satisfacción de esta pulsión se realiza por fuera de los límites establecidos por la cultura, estamos frente a un comportamiento sociopático de un individuo que disfruta de causar sufrimiento violando los derechos de los otros.

En este punto es importante hacer una aclaración. Desde el punto de vista psicológico no existe una diferencia cualitativa entre la ecuación subjetiva de un ejecutivo agresivo altamente exitoso y un psicópata. Ello explica los escándalos en los que algunas figuras de la política y la empresa privada terminan asociados a fenómenos de criminalidad de diferentes clases.

Para comprender el funcionamiento de la agresividad en el ser humano y entender cómo puede llegar a orientarse contra la propia persona, es necesario aportar dos elementos adicionales que nos ayudarán a completar el enfoque psicodinámico de la agresividad, los comportamientos autodestructivos y el suicidio.

Una de las particularidades de la subjetividad humana que debemos al lenguaje es que nuestra mente funciona como una estructura de auto-interacción. Podríamos decir con George Mead que los seres humanos estamos estructurados como una sociedad: “La persona, en cuanto puede ser un objeto para sí, es esencialmente una estructura social y surge en la experiencia social” (Mead, 1934/1999, p. 172). Para decirlo con una imagen gráfica, en nuestro interior interactúan los diferentes actores de la comedia social: los santos y los pecadores, los policías y los criminales, las víctimas y los victimarios, etc. Cada ser humano posee en su interior un reservorio de identidades con el que responde a las diferentes circunstancias que la vida le presenta y los diferentes roles que le corresponde asumir en sus interacciones. Lo normal es que ante la particularidad de cada interacción emerja una personalidad acorde a ella, aunque no siempre ocurre de esta manera. Esto explica que una persona pueda exhibir comportamientos radicalmente diferentes en dos relaciones amorosas sucesivas o simultáneas, en un vínculo puede ser sumiso y servil y en otro asertivo, autoritario, incluso despótico. El mismo Mead, nos dice que “la personalidad múltiple es el paradigma de la personalidad normal” (Mead, 1934/1999, p. 174). De esta constatación no se puede derivar apresuradamente una apología de la doble moral o la incoherencia cínica. La vida social exige dentro de ciertos ámbitos, especialmente la vida pública, unos mínimos de congruencia y consistencia que no se pueden escamotear en nombre de las auto-interacciones normales de la subjetividad.

Concebir la subjetividad humana como una estructura de auto-interacciones permite entender que en su interior puedan presentarse conflictos, incluso auténticas batallas interiores, que pueden implicar gastos enormes de energía y derivar en patologías graves y, por supuesto, en suicidios. La capacidad de conciliar y facilitar la coexistencia más o menos armónica y pacífica entre las diferentes personalidades es un indicador de salud mental, y la disociación profunda o la oposición radical entre

ellas, es un factor altamente patológico que puede expresarse en cuadros graves de psicosis, como la esquizofrenia y la melancolía, y comportamientos autodestructivos.

El segundo elemento necesario para seguir adelante, y que también se deriva de nuestra condición de seres hablantes, tiene que ver con lo que Freud llama los tres fines pulsionales y que dependen de la articulación de la agresividad humana con lo que se conoce en la gramática como las voces de los verbos. Un verbo puede conjugarse en tres voces: activa, pasiva y reflexiva. Veamos lo que esto implica para verbos como agredir, destruir y matar.

La voz activa se expresa en la forma infinitiva (agredir, destruir, matar) y en conjugaciones como el presente de indicativo (destruyo, agredo, mato), e indica la orientación de la pulsión hacia los objetos del mundo exterior. En esta voz el agente es el sujeto de la acción y el objeto es algo o alguien del mundo exterior, tanto en el sentido psicológico como en el gramatical.

En la voz pasiva la acción recae sobre el agente y el sujeto que realiza la acción es externo (ser agredido, ser destruido, y en el caso del verbo matar, ser asesinado). El término pasivo en este caso no puede entenderse en la acepción del argot cotidiano que asocia la pasividad con la inactividad. Una satisfacción derivada de un fin o un destino pulsional pasivo puede implicar mucha más actividad que una satisfacción activa. En el caso de la pulsión amorosa, por ejemplo, se requiere un mayor despliegue de actividad para conseguir "ser amado" que para ser amante (en el sentido de amar a otro), en el caso de la pulsión escópica se requiere más esfuerzo para ser mirado y admirado, es decir para capturar la mirada del otro, que para disfrutar de mirar y admirar a otro. Lo mismo ocurre con agredir, ser agredido y destruir. La experiencia clínica en el campo de la psicoterapia, muestra los gastos asombrosos de energía y el despliegue de actividad que hacen algunos seres humanos para lograr convertirse en objetos de la agresividad, la destructividad e incluso de los comportamientos homicidas de otros. Desde el punto de vista psicológico y gramatical se invierten los lugares del sujeto y el objeto con respecto a la voz activa.

La voz reflexiva (en este caso la palabra reflexividad viene de reflejo, no de reflexión) presenta un caso particular de auto-interacción, en el cual el agente es a la vez el sujeto y el objeto de la acción: agredir-se, destruir-se y suicidar-se (que es una redundancia porque el prefijo "sui" en latin significa "de sí, a sí" y cidium "acto de matar, del verbo caedere, que quiere decir a la vez cortar y matar, de manera que el "se" de suicidar-se implica una repetición de la idea de la reflexividad). El fin pulsional reflexivo, de acuerdo con Freud y con Lacan es el más originario en el ser humano. Según estos dos autores, en el origen la pulsión de muerte en su totalidad está volcada sobre la misma persona y gracias a la socialización y a la pulsión de vida se dirige en parte hacia el mundo exterior, aunque en gran parte se mantiene en el interior hasta que, como dice Freud, consigue matar al individuo.

Desde el sentido común, podría pensarse que la satisfacción pulsional reflexiva sería la más práctica y económica, ya que tomarse a sí mismo como objeto evita tener que lidiar con los otros, y no dejaremos de encontrar en los onanistas testimonios de que las satisfacciones auto-eróticas - que prescinden de las interacciones con otros seres humanos - pueden constituir un estilo de vida. Sin embargo, en el caso de los comportamientos autodestructivos y los suicidios, la consolidación de un destino pulsional reflexivo es altamente compleja e implica un gasto energético que puede llegar a empobrecer tan radicalmente a una persona; en casos límites de depresiones profundas, literalmente la persona no tiene energía ni siquiera para matarse.

El suicidio, desde esta perspectiva, sería la manifestación extrema de la vuelta contra la propia persona de la pulsión de destrucción. Decir que es una manifestación extrema, implica que hay un espectro de comportamientos autodestructivos que tienen expresiones que van desde lo más sutil y pasan por lo severo, hasta llegar a esta forma límite. En este sentido diríamos que los comportamientos autodestructivos están presentes de una forma más o menos directa o velada en todos los seres humanos -en algunos más que en otros- (por supuesto) y que los suicidas serían aquellos que materializan la realización de este destino pulsional de la manera más radical.

En el campo de la psicopatología, este destino pulsional se expresa de la manera más clara en los cuadros de depresión profunda y en las psicosis melancólicas. La explicación del enorme gasto energético y el empobrecimiento subjetivo de las personas que padecen estos trastornos se debe a que lo que está en juego no es la pulsión de muerte en su estado primario (lo que llamamos más arriba el estado originario), sino en un estado secundario, es decir, se trata de una agresividad que ya fue exteriorizada y retorna del exterior, gracias a lo que Freud llama una identificación proyectiva; es decir una identificación con un objeto en el cual se ha proyectado algo que originalmente es propio.

De una manera esquemática podríamos situar tres momentos:

Primer momento: la pulsión destructiva está fundamentalmente en el yo.

Segundo momento: es proyectada en un objeto del mundo exterior.

Tercer momento: gracias a una identificación con ese objeto en el que se proyectó, se vuelve a localizar en el interior y desde allí se dirige contra el propio yo.

Esta dinámica, además del enorme gasto económico que empobrece la subjetividad -y en casos extremos se manifiesta en una falta de apetito radical para cualquier tipo de actividad y de interacción social- tiene un efecto adicional inesperado: consiste en que esta identificación, que desde el interior agrede al sujeto, exacerba el poder destructivo de la porción de la pulsión de destrucción que quedó en el yo. Por esto, en general, las autoagresiones de los melancólicos son infinitamente más

radicales que las agresiones que recibieron de los objetos del mundo exterior en los que proyectaron su agresión y con los que luego se identificaron.

La insistencia en la melancolía radica en que permite ver de una manera más nítida lo que en otros cuadros menos severos, como las depresiones endógenas, se manifiesta de una manera más solapada. Una depresión endógena puede manifestarse mediante un afecto aplanado de la persona básicamente carente de deseo, pero que funciona y cumple con los mínimos que socialmente se requieren de ella, se puede confundir con un fatalismo dócil o una mansa sumisión, incluso con una serena resignación frente a un destino adverso. Mientras que melancólico es alguien que se auto-agrede de una manera más decidida, se auto-denigra y se trata a sí mismo como el peor despojo.

Algunas expresiones típicas de un melancólico son: “yo no valgo nada”, “soy un estorbo”, “soy una basura”, “todos estarían mejor sin mí”, “soy la peor de todas” y algunas menos radicales pero igualmente significativas como: “me siento sucia”, “no merezco que nadie se fije en mí”, “nadie me va a querer nunca”, “todo el que se fije en mí será para usarme como un objeto y luego dejarme tirada”. El paso de las ideas a los actos se manifiesta en diferentes formas de expresión del desprecio hacia sí mismo. Algunas expresiones sutiles son el desarreglo personal deliberado, las negligencias en el autocuidado, los lapsus estratégicos que en momentos fundamentales conducen a fracasos aparatosos en proyectos decisivos. Las autolesiones y deformaciones corporales (algunas de ellas supuestamente con fines estéticos) están en este orden de comportamientos. Algunas anorexias que derivan en una cadaverización de la persona y ciertos casos de adicciones a las cirugías, a los pearcings y a los tatuajes, disfrazan cuadros de autoagresión compulsiva y autodestrucción de la propia imagen.

Podemos decir entonces que el mecanismo de la identificación se convierte en la banda, sobre la cual la pulsión de destrucción se vuelve contra la propia persona. Esto nos permite entender la articulación de los comportamientos suicidas con las historias de maltrato infantil o modelos de crianza excesivamente severos y la frecuencia con la que aparecen ideaciones suicidas en personas que en su infancia fueron objeto de agresiones sexuales. En el caso de la agresión sexual, el elemento de violencia puede tener una implicación simbólica más profunda, que es atestiguada por los sujetos que han sido objeto de este tipo de agresiones cuando dicen que se sienten sucios o manchados, que no merecen tener una vida de pareja normal, que no son dignos de ser amados por otros.

Vemos cómo las violencias externas contribuyen a la interiorización de la propia agresión. Quizás esto que suele ocurrir en el ámbito familiar y comunitario, se replique con algunas otras implicaciones en el ámbito más amplio de los grupos minoritarios que son objeto de segregación, violencia simbólica y física y diversas formas de agresión abierta y encubierta, por parte de los grupos mayoritarios o hegemónicos.

Con frecuencia las investigaciones epidemiológicas presentan como factor de riesgo el pertenecer a minorías étnicas, sexuales, estéticas, ideológicas, etc. Una lectura apresurada de estos factores de riesgo puede sugerir que esas condiciones, filiaciones o inclinaciones son en sí mismas factores suicidógenos, pero en realidad el empuje al suicidio proviene de las diferentes formas de rechazo y exclusión de la que son víctimas estas minorías que al ser interiorizadas pueden terminar por convertirse en comportamientos autodestructivos y, en casos extremos, directamente suicidas.

Los contextos simbólicos y las interacciones suicidógenas

Si se nos apurara a definir el objeto de la psicología social, una primera definición breve, no muy precisa, pero útil, sería: "la interacción". Respuestas muy próximas a ésta serían: "el vínculo", o incluso "el lazo social". Así como la sociología, en su sentido más clásico, estudia los grandes fenómenos sociales y la psicología, también en su acepción más clásica, estudia la psique, es decir el alma y sus manifestaciones, como el comportamiento individual; la psicología social estudia las interacciones humanas, que es un campo intermedio entre lo social en el sentido más amplio y lo específicamente subjetivo.

La palabra interacción se usa en el lenguaje cotidiano y en casi todos los campos de las ciencias sociales en una acepción amplia que quiere decir relación social. En la psicología social esta palabra se convierte en un concepto con profundas implicaciones teóricas, epistemológicas y ontológicas. El interaccionismo simbólico que nace en la Escuela de Chicago es, sin duda, la tradición que hace de esta palabra uno de los conceptos más potentes de la psicología social.

El nombre mismo de "Interaccionismo simbólico", sugiere que la interacción específicamente humana es de naturaleza simbólica. Esto tiene implicaciones ontológicas que coinciden con la idea que Martín Heidegger expresa en la primera oración de su célebre Carta Sobre el Humanismo: "el lenguaje es la casa del ser" (Heidegger, M. 1949, p. 1). Efectivamente los humanos no nos relacionamos con el mundo de manera natural y directa como los animales silvestres, nuestro hábitat es un universo lingüístico a través del cual nos relacionamos con la naturaleza e interactuamos con los demás seres humanos.

Decir que toda interacción humana es simbólica, implica de entrada que todas nuestras interacciones están atravesadas por estructuras, ya que los símbolos y sus significados dependen de sus relaciones y diferencias con otros símbolos y de su lugar en la estructura misma. Ahora bien, las estructuras que rigen y organizan la experiencia humana en los diferentes campos que ya mencionamos (el parentesco, la economía, la política, la sexualidad, el género) son construcciones históricas,

creadas, trasformadas y sostenidas por seres humanos y por ello están atravesadas por los ideales, los intereses, las pasiones, la crueldad, el deseo de poder, los apetitos egoístas, y en general las tendencias destructivas de los seres humanos, con las particularidades de cada época. No hay estructuras neutras. Tampoco hay acciones humanas desinteresadas, como bien lo han señalado muchos pensadores, entre ellos, Weber , Habermas y Bourdieu.

Si las estructuras que organizan los símbolos mediante los cuales nos relacionamos los seres humanos con el mundo y con los otros no son neutras, esto vale también para las interacciones. No hay interacciones neutras, ni asépticas, ni exentas de potencias destructivas.

En este punto debemos retomar un concepto fundamental que mencionamos al comienzo del capítulo: "el rol". Los campos en los que se desarrollan las interacciones humanas tienen la estructura de "juegos de roles". Una pareja, una familia, una empresa, un equipo de fútbol, un partido político, un estado…, son juegos de roles. Todo juego de roles posee unos lugares y unas normas que definen un campo de posibilidades y limitaciones de los actores que ocupan esos lugares. Por ejemplo, en una familia latinoamericana de clase baja rural, el padre tiene derecho de ejercer ciertas formas de violencia sobre los hijos como parte normal de la crianza.

Hay roles explícitos e implícitos (Pichon, E. 1977, p.163) que pueden ser contradictorios entre sí. Es frecuente encontrar en el campo político, organizacional y familiar, casos en los que quien detenta el poder formal no es el que detenta el poder real, lo que se conoce como "el poder detrás del trono". En estos los roles explícitos no corresponden con los implícitos.

Otros dos conceptos útiles de la teoría del rol son "adjudicación" y "asunción". En las interacciones sociales se adjudican y asumen roles explícitos e implícitos. Puede ocurrir que una persona pretenda asumir un rol, de líder por ejemplo, en un campo vincular y que los demás integrantes no se lo adjudiquen. También puede ocurrir que un grupo quiera adjudicarle un rol a uno de sus integrantes y este no lo asuma. Pero no en todos los casos la adjudicación y asunción de roles pasa por este tipo de acuerdos de caballeros y damas. Es frecuente encontrar dinámicas vinculares en las que quienes gobiernan la estructura simbólica que organiza el juego de interacciones, imponen los roles a los otros. Los fenómenos de chivos expiatorios son ejemplos claros en el mundo social e institucional.

El análisis específicamente psicosocial del fenómeno del suicidio será abordado a partir de la teoría del rol. Para ello haremos primero una consideración sobre la posmodernidad que es el telón de fondo cultural sobre el que se desarrollan contemporáneamente los juegos de roles en los que los seres humanos desplegamos nuestra existencia: amamos, trabajamos, disfrutamos, y ejercemos y soportamos las violencias estructurales y desnudas, empujamos a otros al suicidio y nos suicidamos.

Posmodernidad y suicidio

En el texto La condición posmoderna, (1987) Jean Francoise Lyotard, propone que uno de los elementos fundamentales que traza el paso de lo moderno a lo posmoderno, es el agotamiento de los metarrelatos, sobre los cuales se sostiene la experiencia moderna del mundo. Un hombre moderno, joven o adulto, puede edificar una identidad y construir un proyecto de vida o de muerte, más o menos consistente y sólido en torno a un gran relato.

Podríamos decir que la modernidad se caracteriza por construir grandes relatos, que en el campo de política han tomado la forma los partidos con sus proyectos de estado, en la ciencia, la forma de las disciplinas; en el campo del arte, las escuelas o movimientos. Para un espíritu moderno, el problema de responder a la pregunta ¿quién soy?, tiene abiertas las vías de los grandes relatos: "soy un liberal", "soy un socialista", "soy un científico", "soy un impresionista".

Desde finales del siglo XIX empezaron a agotarse y a hacer crisis los grandes relatos. Esto se manifiesta de una manera clara, particularmente en el medio académico universitario, en que cada vez es más difícil encontrar alguien que pueda construir una identidad y una respuesta a la pregunta por su ser, en torno a alguno de estos relatos. Si bien las instituciones que se fundaron sobre ellos siguen existiendo con sus burocracias y sus presupuestos (los estados con sus tres poderes y las universidades con sus facultades de ciencias y artes), los grandes relatos en los que se basan ya no son una base sólida para construir proyectos identitarios individuales y sociales. Por ello, la incertidumbre es uno de los elementos característicos de la posmodernidad.

En vez de detenernos en un examen profundo de los factores históricos que han dado paso a la emergencia de la posmodernidad, lo cual no corresponde a nuestro estudio, nos remitiremos a cuatro rasgos que denominaremos posmodernos y que nos permiten entender la dinámica que toma el suicidio en los grupos sociales, particularmente de jóvenes urbanos, en los que la posmodernidad se manifiesta de una manera más clara. Estos rasgos son: la provisionalidad, la levedad, el desarraigo y la des-responsabilización. Cada uno de ellos responde a un aspecto de la posmodernidad.

Estos cuatro rasgos mencionados constituyen lo que podemos denominar el telón de fondo sociocultural, que no explica el suicidio, ya que éste es una institución universal, ni las tasas de suicidios, que en una sociedad posmoderna no necesariamente son más altas que en una sociedad moderna o pre-moderna; pero si ayudan a comprender el campo en el que se tejen las interacciones suicidógenas de la época y ciertas modalidades particulares de suicidios y parasuicidios frecuentes en la actualidad y que en otras épocas eran menos habituales.

La provisionalidad

Se entiende por oposición a lo perdurable y se manifiesta en diferentes campos de la experiencia: los vínculos de pareja, los gustos estéticos, las elecciones profesionales, las convicciones políticas, incluso religiosas. Este rasgo es una respuesta a la inestabilidad que caracteriza la posmodernidad en todos los campos, la cual es evidente en la manera acelerada como emergen y declinan los paradigmas en los diferentes ámbitos del mundo académico, el carácter incierto y tragicómico del mundo político, la forma vertiginosa como los creadores de las modas, apoyados en los medios masivos, imponen y destituyen tendencias estéticas. En un mundo altamente cambiante, como el que ahora viven los jóvenes, una disposición a las experiencias estables y duraderas, no solamente es inapropiado sino, incluso riesgoso. La provisionalidad protege al individuo del oneroso gasto de los duelos frecuentes.

Un espíritu moderno podía reconocer en la estabilidad un rasgo propio e incluso hacer una apología de él: un padre de familia estable, un trabajador que consagra su vida al ejercicio de su profesión, un militante de un partido que dedica su vida y su muerte a la causa, un científico que dedica su vida a ampliar las fronteras de la ciencia con la convicción de que está trabajando por el bien de la humanidad. Un joven posmoderno, aunque se proponga, de buena fe, sostener cualquiera de estas propuestas, a lo sumo termina haciendo una caricatura que no logra sostener a lo largo del tiempo, ni le permite construir una identidad y una respuesta a la pregunta por su ser, de la misma manera que lo puede hacer el espíritu moderno.

El papel de la provisionalidad en los suicidios y parasuicidios de algunos jóvenes actuales, se traduce en una apología de lo transitorio, que se puede encontrar en letras de canciones de rock que exaltan la experiencia del aquí y el ahora, pero también en estribillos de rancheras como "nadie es eterno en el mundo". La exaltación poética tiene el efecto de hacer de la necesidad virtud y con ello exacerba un filo autodestructivo de esta condición posmoderna.

La levedad

Es un rasgo que se opone a la gravedad. Los grandes relatos modernos en los diferentes campos de la experiencia tomaban la forma de cosmovisiones o se articulaban de una manera sólida con ellas. Gracias a ello, los espíritus necesitados de verdades consistentes podían encontrarlas y construir sobre ellas la actitud grave y trascendental de quien desdeña a los equivocados, a los charlatanes y a los superficiales. La crisis de los metarrelatos, que señala Lyotard, implica que un espíritu posmoderno deba arreglárselas con verdades precarias, fragmentarias e inconsistentes, que no hacen posible sostener la actitud grave, en la cual se fundamentaban los proyectos proselitistas e incluso de cruzados combatientes de herejías, propios de algunos espíritus modernos. Los bandos de enemigos

acérrimos en la política, la ciencia y el arte, que caracterizan las dinámicas de estos campos durante la modernidad, se apoyan en esa ilusión de poseer una verdad de nivel superior a la del bando opuesto.

La levedad permite una relación con la verdad que soporta mejor las precariedades, la fragmentariedad y las inconsistencias de los paradigmas que organizan la experiencia humana en la posmodernidad, también representa una protección frente a la gran desilusión a la que está expuesto el espíritu moderno cuando se confronta con alguna inconsistencia fundamental en su cosmovisión. El lamento tardío de Openhaimer, por el uso que dieron los políticos a su aplicación bélica de la teoría de la relatividad, el manifiesto postrimero de Pablo Picasso, titulado "La agonía del arte actual" y el artículo que escribió el Historiador Eduardo Galeano poco después de la caída del Muro de Berlín, titulado "Un niño perdido en la oscuridad", son algunos ejemplos elocuentes de la experiencia de la gran desilusión a la que está expuesto un espíritu moderno.

En el mejor sentido de la palabra, una actitud menos grave, fundada en una relación con la verdad menos beligerante: una levedad laboriosa y con unos mínimos de rigor -llamémosla así-, incluso risueña, creativa y capaz de convivir con lo paradójico, es una actitud más acorde con la posmodernidad.

La expresión más problemática de la levedad tiene que ver, por supuesto, con la reivindicación cínica de la frivolidad, que en sus versiones más radicales puede tomar forma de la exaltación de la apariencia y la imagen, a cualquier precio. Una enajenación de esta clase, si además está legitimada socialmente, conduce con facilidad a muchos seres humanos por las vías del abuso de la industria cosmetológica, la servidumbre de la moda y en casos extremos, las torturas sistemáticas y automutilaciones crónicas de los adictos a las cirugías estéticas y a la rebelión del organismo expuesto a dietas extremas que terminan generando síntomas autodestructivos como la anorexia y la bulimia. También podemos mencionar, en este orden de ideas, los trastornos que genera en la química orgánica la carencia de ciertos nutrientes en los regímenes alimenticios caprichosos y los cuadros patológicos asociados con estos desbalances de nutrientes que pueden desembocar en el suicidio.

El desarraigo

Es una consecuencia directa de la globalización. La apelación al nacionalismo, al patriotismo, -y los demás "ismos"-, así como la reivindicación de los valores familiares, los valores de la clase social, la reivindicación de una cultura o un régimen político como superior a los otros, son rasgos modernos, que todavía perduran. La globalización tiene efectos de muy diversa índole; uno de ellos es que favorece el desarrollo de una actitud que podríamos llamar de "ciudadanos del mundo" y que correlativamente conlleva el desarrollo de este rasgo, que hemos denominado el desarraigo, que debilita el sentimiento de los individuos de tener unas raíces profundas y sólidas y de afirmar su identidad

en una geografía, una historia, una cultura, un sistema político, etc. También el desarraigo constituye un elemento que favorece la adaptación de los sujetos a la convivencia con otros diferentes, que es un elemento cada vez más necesario en la vida urbana de nuestros jóvenes. El desarrollo del respeto y la apertura a la alteridad, a menudo supone también que la sobrevaloración y el arraigo a lo propio sufra algún menoscabo.

Las manifestaciones problemáticas y autodestructivas del desarraigo aparecen cuando este elemento pasa de la condición de una consecuencia no deseada o incluso una necesidad, a la exaltación del mismo y a una búsqueda deliberada de las rupturas y las pérdidas. Las redes sociales familiares, de amigos, las comunidades laborales y académicas, son lazos que afirman el deseo de vivir. El aislamiento y el abandono son factores de vulnerabilidad frente a las distintas formas de empuje social al suicidio y las tendencias autodestructivas de la propia persona.

La des-responsabilización

Es una consecuencia del sobre-diagnóstico. Las ciencias sociales que se inspiraron en el modelo determinista de las ciencias naturales, terminaron por generar un exceso de teorías sobre los comportamientos humanos normales y desviados. Esta superproducción de explicaciones terminó por liquidar, o al menos debilitar, un sentimiento propio del espíritu moderno, a saber, la responsabilidad. Un buen moderno puede sentir y decir con propiedad que tiene un “compromiso con la historia” o incluso plantearse una máxima de vida como “dejar el mundo mejor de lo que lo recibió” o plantearse como un propósito “encarnar las pautas de comportamiento que espera de los demás”. También la ilusión de labrarse el propio destino, *el self made man* y El vendedor más grande del mundo, son característicos del espíritu moderno. En General, las epopeyas de los héroes solitarios, o mostrados como tales, las imágenes del científico en la soledad de su laboratorio, el empresario que se hace a pulso, el artista heroico incomprendido en vida y reivindicado pos-mortem, el político que llega al poder contra todo pronóstico y hace historia con sus decisiones y los héroes solitarios que todos los días, en los filmes, ganan batallas contra ejércitos enteros, son emblemáticos de este sentimiento moderno.

Un espíritu decididamente posmoderno escucha una propuesta de “compromiso con la historia”, como un chiste inofensivo. Incluso, puede llegar a poner todo su empeño en comprometerse de por vida con algo o con alguien, hasta dejar marcas de ese compromiso en su cuerpo, pero ni siquiera estos gestos extremos le salvan del sentimiento insoportable de la levedad de su ser.

Podríamos decir que la inflación teórica sobre el comportamiento que se produjo durante los siglos XIX y XX, liberó a los seres humanos de las ideologías culpabilizantes, que fueron un elemento fundamental de la modernidad (el ejemplo más elocuente lo encontramos en “La ética protestante y el espíritu del capitalismo” de Weber), pero también dejó como resaca un rasgo de infantilismo

gozón, una especie de ética hedonista radicalizada, que termina por convertirse en un imperativo de disfrutar el "cuarto de hora", sin consideraciones por el futuro. El discurso publicitario exacerba este sentimiento, con su consigna unánime de "goce ahora y pague después".

Este hedonismo radical, liberado de las ataduras de la "mala conciencia", que la modernidad heredó de la época pre-moderna, deriva en una ética gozona del "¿y, por qué no?", que puede llevar a un sujeto a toda clase de "avatares" con la identidad, experimentos con la sexualidad, transformaciones corporales y, por supuesto, la exploración de sensaciones internas con el uso de toda clase de medicamentos y drogas legales e ilegales.

Pero la des-responsabilización va más allá de la relación con el cuerpo y se expresa en otros campos como el de la imagen de sí. Para un espíritu moderno, la autoimagen y la imagen ante los otros es un elemento importante; ello se manifiesta, en parte, en un cierto pudor frente a las incoherencias. Este rasgo, llevado al extremo del fanatismo podía convertirse en una tiranía de la autoimagen. Para un espíritu moderno es un elogio escuchar decir de sí mismo que es "de una sola pieza", y un duro cuestionamiento puede ser acusarlo de ser incoherente, incongruente o contradictorio. A un espíritu posmoderno tanto el elogio como el insulto mencionados pueden sonarle como un esperanto extraño. Un grafiti de una universidad europea es emblemático en lo que respecta a la máxima de la posmodernidad en este punto: "Disfruta de tus contradicciones". Ante un cuestionamiento por una contradicción flagrante o una falta de coherencia, un posmoderno decidido contestaría con un desprevenido desparpajo: ¿¡y…!?.

Este es quizás el rasgo más problemático de la posmodernidad, porque fácilmente lleva a los sujetos del principio del placer al "más allá del principio del placer", donde se pierde justamente el sentido de la autoconservación. Un nuevo rostro del suicida en la posmodernidad es justamente el que podríamos llamar "experimental-lúdico", que puede llegar a decir después de salvarse milagrosamente, que se intentó suicidar porque tenía curiosidad de saber qué se sentía morirse. No es el mismo suicida moderno concienzudo, que dice querer matarse porque no le encuentra sentido a la vida, o porque cometió un acto deshonroso que lo hace sentirse indigno; se trata de un suicida risueño que exhibe una suerte de "bella indiferencia" y que acaba con su vida en una mezcla de juego y curiosidad sin dramatismos, moralismos, ni culpas.

Comportamientos suicidas modernos y premodernos

Una de las características de los contextos de interacción de nuestros jóvenes en la actualidad es que en ellos pueden coexistir sin grandes tensiones, en un mismo ámbito, jóvenes decididamente posmodernos con otros definidamente modernos, e incluso con chicos y chicas que reivindican construcciones identitarias premodernas. En una misma aula de clase de primer semestre de cualquier uni-

versidad o en una noche de sábado en un parque céntrico de cualquier cuidad del primero o el tercer mundo, pueden encontrarse chicos y chicas, o grupos de ellos, sus cuerpos marcados por toda clase de experimentaciones y excesos. Pero también en esos mismos parques, o cerca de ellos, se pueden encontrar otros jóvenes claramente modernos, que organizan su vida en torno a una ilusión de progreso personal y social, que logran sostener la apuesta de construir una identidad en torno a un metarrelato y que se adaptan de una manera, más o menos clara, a las instituciones que se sostienen en dicho metarrelato; jóvenes cuyo comportamiento está inscrito fundamentalmente en una racionalidad funcional, en términos generales. Incluso, en los mismos entornos y en las mismas aulas, coexisten con las dos tipologías anteriores, jóvenes que reivindican construcciones identitarias premodernas dentro de las cuales es coherente la opción por la virginidad y por prácticas religiosas de clausura, con regímenes medievales radicales, que están de moda entre adolescentes de clases altas y escandalizan a algunos padres de clases medias de países europeos.

Así como aislamos algunos rasgos posmodernos y mostramos su relación con el suicidio en nuestra época, podríamos proceder también con algunos rasgos modernos y premodernos. Algunos de ellos los mencionamos de paso. Por ejemplo, la experiencia anómica que experimenta un espíritu moderno ante una gran decepción al confrontarse con una inconsistencia fundamental de su universo simbólico, el derrumbe de una institución en torno a la cual edificó su proyecto de vida o el fracaso de su proyecto personal, pueden empujarlo a un cuadro suicida típicamente moderno. Dos ejemplos de esto son los grandes empresarios del primer mundo que se suicidaron en la crisis financiera mundial del año 2008 y los 24 empleados de la empresa Telecom de Francia que se suicidaron, en una sola semana en ese mismo año en el momento en que la empresa inició un profundo proceso de reingeniería. También son suicidas típicamente modernos aquellos que Durkheim llama "egoístas", que se caracterizan por ser espíritus con elevadas capacidades intelectuales, a menudo profundamente racionales, que se aíslan y pierden el deseo de vivir y que a menudo manifiestan sus sentimientos de absurdo y sinsentido.

Algunos suicidios típicamente pre-modernos en nuestra época son aquellos que el mismo Durkheim llama altruistas, es decir los que de manera consciente y sin dudar entregan su vida por un ideal, como los mártires de la antigüedad. A diferencia del espíritu posmoderno que se caracteriza por un nihilismo, que lo inmuniza frente a los idealismos, y del espíritu moderno, en cual los ideales son fuertemente atemperados por la racionalidad; en un espíritu pre-moderno, aún en nuestra época, son sostenibles ideales absolutos, con mayúscula, tales como "La virtud", "La verdad", "La causa", "La patria", y pueden ser un motivo para un suicidio entusiasta o al menos aceptado de manera estoica como un destino inexorable. Los terroristas que realizan misiones suicidas son un ejemplo contemporáneo, pero también aquellos que tras una acción deshonrosa deciden suicidarse para no vivir el resto

de sus vidas con la culpa de no haber estado a la altura de su ideal. El suicidio colectivo que conmovió al mundo en 1978, de 934 integrantes de una secta religiosa norteamericana bajo el liderazgo de un líder carismático, también se puede inscribir en este orden de suicidios pre-modernos.

El empuje a la muerte de la minoría

Este principio fue formulado por Emilie Durkheim hace más de un siglo. Toda sociedad posee dos fuerzas fundamentales opuestas entre sí: una de cohesión y otra de rechazo o expulsión. Estas dos fuerzas son interdependientes. Esto lo conocen y lo manipulan cotidianamente los políticos. El mejor medio para suscitar el sentimiento de unión en un pueblo es situar un enemigo externo hacia el cual dirigir la agresión colectiva, por eso algunos presidentes en ejercicio que aspiran a reelegirse suelen generar o exacerbar tensiones reales o imaginarias con otros países.

En tiempos de paz, este principio se puede expresar dentro de la misma sociedad bajo la forma fantasmática del enemigo interno, que opera mediante una ficción colectiva, según la cual la sociedad en su conjunto es fundamentalmente buena y está destinada al éxito, el bienestar y la felicidad, y si ello no se logra es a causa de un grupo o algunos grupos, en su interior, que lo impiden. Consignas como "los buenos somos más" son un ejemplo de ello. El temor de la disolución y el sentimiento de frustración o impotencia colectivas son contrarrestados con la hostilidad hacia las minorías a las que responsabilizan de los males del conjunto social. Hay múltiples ejemplos: los judíos, los gitanos, los inmigrantes, los comunistas, los homosexuales, los delincuentes, los drogadictos, son algunos de los grupos que en el imaginario de diferentes sociedades se han convertido en depositarios de la hostilidad colectiva. Las cacerías de brujas y la inquisición en el medioevo, el nazismo en Europa, el macartismo en Norteamérica y los escuadrones de la muerte que en los diferentes países latinoamericanos reaparecen cada tanto y realizan acciones de "limpieza social" son expresiones desnudas de este fenómeno.

Ahora bien, en los períodos en los que esta tendencia no se manifiesta de manera abierta y cruda, no desaparece sino que adquiere expresiones simbólicas. Estas expresiones operan mediante distintas formas de exclusión, estigmatización y sanción abiertas y encubiertas. En este punto se puede aplicar con toda propiedad el concepto de "trauma psicosocial", que mencionamos en la primera parte de esta reflexión. El desarrollo de comportamientos autodestructivos en los grupos minoritarios de diferentes sociedades y las tasas más elevadas de suicidios con respecto al resto de la sociedad se puede entender como uno de los efectos de la interiorización de la violencia que viene del resto del conjunto social. No es gratuito que las investigaciones muestren de manera regular que dentro de la población adulta se suicidan más los solteros que los casados, los homosexuales que los heterosexuales, los pertenecientes a minorías étnicas, estéticas, e ideológicas, con respecto a la mayoría.

Las dinámicas vinculares suicidógenas en las organizaciones

En el mundo organizacional existen dinámicas que pueden favorecer en mayor o menor medida el suicidio. Los ambientes altamente competitivos tienen el efecto residual, digámoslo así, de exacerbar el darwinismo social que puede terminar en la eliminación literal de algunos de sus integrantes. Algunas investigaciones han mostrado que en las carreras profesionales más prestigiosas y en las que se promueven fuertes rivalidades entre los estudiantes suelen presentarse más suicidios que en aquellas en las que hay una convivencia menos tensa entre los integrantes de la comunidad académica. Corea del Sur es un caso paradigmático de un país que en cuatro décadas pasó del tercero al primer mundo y actualmente ocupa uno de los primeros lugares a nivel mundial en índice de suicidios y el primero en suicidio de adolescentes. Los elevados niveles de exigencia y competitividad en el ámbito escolar están en la base de lo uno y lo otro.

Otro factor que favorece dinámicas suicidógenas en las organizaciones está relacionado con las lógicas antidemocráticas. Las dinámicas clericales y militares que favorecen lógicas de subordinación radical y obediencia ciega, suelen favorecer que algunos de sus integrantes experimenten situaciones en las que se sienten maltratados, llevados al límite de su tolerancia y en una situación de acorralamiento, con lo cual pueden encontrar en el suicidio una vía de escape y protesta a la vez. En las instituciones castrenses, la facilidad del acceso a las armas agrega un factor de riesgo adicional.

Ahora bien, estas dinámicas no son exclusivas de las religiones y las instituciones armadas; con mucha frecuencia, en las organizaciones formalmente más democráticas se generan dinámicas enfermizas de tiranía y subordinación que pueden ser altamente riesgosas por ser desencadenantes de comportamientos autodestructivos de sus integrantes. El ejercicio arbitrario del poder, de un lado, y una situación de extrema vulnerabilidad, del otro, pueden favorecer situaciones de riesgo. El concepto de “mobbing” o “acoso laboral” y el “bullying” o “acoso escolar” y los desarrollos recientes en la teorización y legislación preventiva de estos fenómenos, son contribuciones importantes a la visibilización y denuncia de dinámicas suicidógenas que hasta hace muy poco tiempo actuaban de manera impune.

El fenómeno del chivo emisario en las organizaciones también contribuye a la destructividad en alguno o algunos de sus integrantes. Se trata de aquellas empresas, instituciones educativas u de otro tipo, en las que uno de sus grupos o secciones muestra una dinámica de ausentismo por enfermedad, deserciones, conflictos y otros síntomas, incluida la mortandad (en sentido metafórico) que se puede manifestar en la alta rotación. Siempre es lícito interrogar, no solamente lo que puede estar ocurriendo en las dinámicas internas, sino, en primer lugar, en qué medida otras unidades o la organización en su conjunto puede estar recibiendo un beneficio secundario de ese síntoma. En este sentido,

hay un principio de la criminología que es elocuente: la pregunta por quién resulta beneficiado de manera directa o indirecta.

Dinámicas suicidógenas en las familias

Diversos autores han estudiado el fenómeno de los integrantes sintomáticos de las familias, que se convierten en portadores de sus potencias destructivas. La antropóloga colombiana Viginia Gutiérrez utiliza una expresión popular para denominarlo: "el pollo pelón", Enrique Pichón Riviere adapta una metáfora bíblica y hace referencia al "chivo emisario", autores europeos recurren a la literatura infantil y hablan del síndrome del "patito feo". En todos los casos se hace referencia a un integrante de la familia que exhibe comportamientos que, de manera directa o indirecta, terminan siendo autodestructivos. En familias en las que los padres exacerban el factor de competencia entre los hermanos, estas pueden llegar a convertirse en rivalidades feroces con consecuencias altamente problemáticas para aquél que queda en una posición radicalmente desventajosa por alguna circunstancia.

Los secretos familiares son otro elemento potencialmente suicidógeno. Cuando uno de los líderes de la familia comete un delito o una trasgresión grave, cuya denuncia se convierte en una amenaza para el conjunto, el llamado a conservar el secreto puede poner en una posición altamente vulnerable a aquel integrante de la familia que amenace con revelarlo. Este fenómeno se exacerba en aquellos casos en que el delito o la falta están relacionados con la sexualidad. Las personas que han sido abusadas o violadas en su infancia por adultos significativos y se han visto en la obligación de guardar el secreto para garantizar la unidad familiar, suelen pagar un alto costo subjetivo, que en algunos casos puede ser altamente autodestructivo.

El empuje al suicidio de otro significativo

En este caso, el otro significativo puede ser una figura pública idealizada, la pareja, un padre, un líder espiritual, un maestro, o un amigo altamente influyente en la vida de la persona. En estos casos, el poder de sugestión de quien está en una posición de superioridad y la sugestionabilidad de quien está en la posición de vulnerabilidad son el elemento fundamental. Ahora bien, es importante precisar que este "poder de sugestión" no depende solamente ni principalmente de las cualidades, o la "esencia" de los agentes sociales que participan de la interacción. La "definición de la situación" (Thomas, 1923) o el juego de roles en el que se desarrolla el vínculo favorecen de manera fundamental la dinámica de la sugestión. Los roles de hijo, feligrés, seguidor, alumno, paciente, favorecen que los actores sociales inscritos en ellos desplieguen su disposición a la sugestionabilidad. Correlativamente, los roles de padre, líder espiritual o político, docente, médico o terapeuta, favorecen que los actores sociales que los desempeñan desarrollen sus capacidades sugestivas.

El factor sugestivo difícilmente se sostiene por fuera del contexto vincular. Las mismas ovejas mansas que exhiben una sumisión dócil en un vínculo, pueden ser altamente críticas y resistentes en otro. De la misma manera, los líderes carismáticos, que arrastran a una gran masa con su capacidad sugestiva, en contextos más íntimos pueden ser figuras cómicas altamente vulnerables y manipulables por sus parejas, sus hijos u otros agentes sociales.

La experiencia frecuente del desenamoramiento nos permite mostrar la influencia que tiene la "definición de la situación" o el "juego de roles" en el factor sugestivo: una vez elaborado el duelo por una dolorosa separación, cualquier mujer u hombre pueden extrañarse de los comportamientos autodestructivos, incluidos intentos de suicidio, a los que estuvieron expuestos. Incluso pueden asombrarse de los límites a los que llegaron por una persona que después de desidealizada se convierte en un ser común y corriente, sin ningún atributo especial. Es por ello que se afirma que el factor sugestivo dimana de la interacción y de la definición de la situación, no de los atributos o esencias de los agentes que interactúan. Estos aportan lo que llamamos su "sello personal", que ciertamente no es despreciable, pero no define las coordenadas esenciales que rigen la dinámica del vínculo.

El factor sugestivo, que está en la base de lo que se denomina "influencia social", es un elemento fundamental en la explicación de muchos casos de suicidio y que debe tener un lugar especial en la intervención y prevención del fenómeno. La Organización Mundial de la Salud (OMS), en sus manuales para los medios de comunicación, advierte sobre los cuidados que deben tenerse en cuenta en el tratamiento de la información de suicidios consumados; en general, sugieren evitar los excesos de detalles y las exaltaciones del acto; sugieren un tratamiento reflexivo y crítico. Esto se vuelve mucho más imperativo cuando se trata del suicidio de deportistas, artistas o figuras de la farándula, que funcionan como ideales en la subjetividad de sus seguidores. Ahora bien, la influencia de un "otro significativo" en un suicidio no solamente se da por la vía de la imitación. A continuación mencionaremos otras vías que muestran la experiencia cotidiana y la labor de los investigadores del tema:

El mandato abierto

Los relatos de padres que en accesos de ira retan a sus hijos a que se suiciden son frecuentes en las investigaciones sobre el suicidio de menores de edad. Estos desafíos se tornan mucho más problemáticos en los casos en que las tensiones familiares entre padres e hijos son frecuentes.

La interpretación

Hay otros casos en los que el mandato no es abierto, pero el hijo interpreta una profunda hostilidad por parte de uno de sus progenitores. Desde los cuentos infantiles más antiguos, las uniones conyugales en las que existen hijos de uniones anteriores, son un campo en el que las fantasías, las

envidias y las tensiones favorecen el florecimiento de ideaciones y tendencias suicidas. Este fenómeno también se presenta en las instituciones cerradas, en las cuales se generan profundos lazos de dependencia entre los sujetos investidos de autoridad y los subordinados, y en los grupos con dinámicas de secta u horda en los que el líder ejerce un poder refractario a la crítica en sus seguidores.

La denuncia

Hay suicidios cuyo significado fundamental está orientado a la denuncia de una historia de destrucción en un vínculo, que puede ser paterno-filial, de pareja o de dependencia enfermiza en ámbitos como la amistad, el trabajo, la comunidad religiosa o la política. En estos casos, el suicidio es la culminación o consumación definitiva del vínculo. La corresponsabilidad en estos casos es más notoria que en otros.

La marca indeleble en la historia del otro

En el campo amoroso, particularmente en los suicidios motivados por la amenaza de una separación, el significado del acto está orientado a hacer una marca indeleble en la historia del otro. El suicida se asegura de que gracias a ese gesto radical el otro nunca vuelva a ser el mismo, y generalmente lo logra. La venganza en este caso apunta a la culpabilización del otro, aun pagando el elevado precio de la propia vida

La identificación horizontal de los adolescentes

Los niños y los adolescentes tienen una particular capacidad para experimentar los sentimientos de sus pares como propios. Por ello, son más vulnerables que los adultos a los suicidios de sus pares o incluso de otros anónimos con los que tengan algún rasgo en común. Por ello, los hechos de suicidios de otros jóvenes pueden favorecer el desencadenamiento de procesos suicidas, especialmente en aquellos casos en los que existen además otros favorecimientos familiares o de otras relaciones significativas.

El actuar el deseo del otro

Los casos más asombrosos son aquellos en los que una persona, que puede ser un hijo o un partenaire, actúa un proceso subjetivo de otro. Esto es atestiguado por terapeutas que trabajan con menores que han realizado intentos de suicidio y aplican un mismo instrumento para medir riesgo suicida - como el cuestionario ISO-30 - a los chicos y a sus padres y constatan que en la mayoría de los casos puntúa más alto la madre que el hijo en la escala de riesgo suicida. Las relaciones emocionales profundas favorecen esa pérdida de los límites entre las subjetividades, en las que el agente que está en una posición más desfavorable puede terminar actuando un deseo originado en la subjetividad más

fuerte. Una niña que había realizado un intento de suicidio decía en una entrevista en profundidad: "en la época en que yo intenté suicidarme no tenía problemas. En la casa estaba bien con mis papás, en el colegio iba bien, estaba bien con mi novio. Lo único que me acuerdo es que mi mamá por esa época estaba muy deprimida". Los investigadores y los terapeutas que trabajan con niños y adolescentes en riesgo de suicido, generalmente recomiendan que los padres y particularmente la madre, también reciba ayuda psicológica.

Referencias

Baró, I. (2003). Poder, Ideología y Violencia. Madrid. Editorial Trotta.

Durkheim, E. (1897/2006). El Suicidio. Estudio de sociología y otros textos complementarios. Madrid: Miño y Dávila.

Heidegger, M. (1949). Carta sobre el Humanismo. Madrid: Trotta.

Lyotard, J.F. (1987). La condición Postmoderna. Informe sobre el saber. Madrid: Cátedra.

Mead, G. (1934/1999). Espíritu, Persona y Sociedad. Barcelona: A y M Grafics.

Pichon, E. (1977/2001). El Proceso Grupal. Buenos Aires: Nueva Visión.